

Dotada de gracia

Laura María Cárdenas Argudín

PRESENTACIÓN

Sé como mujer que en determinados momentos de nuestras vidas sólo podemos salvarnos a través de la gracia. Esta gracia es un acto que le permitimos a Dios ejercer sobre nosotras. Consiste en dejarnos ser tal como somos y reconocer nuestra fuerza; en atrevernos a confiar en el mundo y crear, a nuestro modo, una existencia.

PRIMERA PARTE

Me miro en un espejo y me pregunto: ¿qué hago en esta vida soñando con Jim Morrison, pensando en Rulfo, en Pedro Páramo, en Susana San Juan?

Susana San Juan, congelada, sujeta al cuerpo de su padre. Ésa soy yo también, ésa soy yo. Inasible, ida, solitaria, expuesta. Una niña inmóvil, dejada por amor en el desierto.

Cuando mi esposo se aislaba en la bebida, yo sufría. Dentro de mí, alguien perdía el control, gritaba mucho.

El piso se resquebrajaba, me sentía insegura, llena de temor, impotente, sin salida.

“¿Cómo es posible existir sin el otro, cómo es posible?”, oía a otras mujeres decirme. Sólo mi hija significaba cercanía. Su amor me impulsaba a encontrar un suelo firme, en el que las dos nos pudiéramos parar sin asustarnos.

No recuerdo cómo me separé de mi esposo. Sólo lo veo llevándose su ropa.

Después muchas veces quiso volver. Y yo, no se lo permití, nunca.

Cuando mi hija se fue con su padre, toda mi familia la convirtió en un trofeo. La querían en sus casas, la invitaban y me lo decían. Yo no existía, no tenía ningún papel en su vida. De un momento a otro me transformé en una extraña. Entonces, ¿por qué mi corazón la amaba tanto, por qué?

Tuve una depresión muy fuerte. Me sentía sola, extrañaba a mi hija. Sin embargo, cuando me encontraba a mi mamá, ella fingía demencia y preguntaba: “¿Dónde está Marianita?”

Al quitarse mi mamá el zapato, vi que mi foto cubría su plantilla.

Siempre que pienso en mi esposo, me lo salto; no lo quiero ver, no me interesa. Quizá porque me da miedo entender lo que pasó o no pasó entre nosotros.

Si soy pasmada, él es indiferente; no se entera de lo que no le conviene. No quiere saber lo que produce, lo que afecta, lo que hiere a los demás con sus acciones. Durante nuestro matrimonio, yo justificaba su conducta: “Él es bueno, la situación está bien, mi familia es perfecta”. Y cuando mi alma quería gritar, ahogaba mi dolor en los problemas de otros.

Una de mis hermanas me habló por teléfono para decirme que al haberse ido mi hija con su padre y no estar yo con ella, por débil o por mala, su obligación era convertirse en su madre adoptiva. Cuando escuchó mi llanto, me contó que en su casa celebrarían los dieciocho años de la niña, y que, desde luego, estaba invitada a festejarla.

A poco de haberme separado de mi familia, mi perro Pelota murió. No lo podía creer, era mi compañero, mi amigo. El dolor me ahogaba. Su doctor me dijo que lo habían golpeado. Eso aumentó mi angustia.

Mi hija y mi ex marido se portaron muy bien, me llevaron a su casa, y yo que no duermo en lugares ajenos, esta vez lo hice, agradecida y contenta.

Cuando volví a mi casa tiré todas las cosas de mi perro. Pero en las noches tenía insomnio, me la pasaba pensando que yo también moriría. Qué dolor tan espantoso.

Una noche, estando ya acostada, vi a Pelota sobre mi colchón. Me miraba con cariño. Yo estaba muy contenta y él se tendió de panza para que lo acariciara. De repente apareció una mancha de sangre sobre su piel. Se me rompió el corazón en mil pedazos. Pelota me dijo entonces: "Te vine a visitar, pero estoy muerto, tengo que irme. Estoy bien y no te preocupes: cuando te mueras, yo voy a estar contigo para que no tengas miedo".

Mi prima Dolores, cuando supo lo que le había sucedido a Pelota, me dijo: "Ahora sí, no tienes ni perro que te ladre".

Me siento como en un escaparate. Todo el mundo parece saber

lo que hago, hacia dónde me dirijo. Me persiguen, me preguntan asuntos personales, sobre todo intentan tomar ventaja de mi tristeza y decaimiento.

Mientras, casi en posición fetal, yo me protejo. Le pregunto a mi corazón qué es lo que quiere y me encierro en mi casa para que ya no —¡ya no!— me molesten, sintiendo que el amor está allá afuera y que no puedo salir a encontrarlo.

Cuando era jovencita, recuerdo que mis tías llegaban a mi casa, siempre acompañadas de mi abuela. Todos corríamos a escondernos y mi papá gritaba asustado. Yo les tenía miedo porque les gustaba, a todas, sentarme en el banquillo de los acusados. El tema era mi busto, demasiado grande, o mi comportamiento extraño y apartado. La culpa, comentaban, era de mi padre que no me comprendía. Yo era “muy sensible”, mi papá “un bueno para nada”, mis hermanos “muy rebeldes”, etcétera.

Sus frases me desesperaban, sufría mareos, vomitaba y después caía enferma de aflicción por mucho tiempo.

SEGUNDA PARTE

¿A dónde voy? Dando tumbos, desadaptada, con mi sensualidad

a cuestras, intensamente viva, sorprendida, curiosa, aprendiendo constantemente, cambiando; asustada, muy asustada.

Camino en las mañanas, contemplando los árboles, y oigo a los demás decirme que soy vieja, o que soy bella, y yo me debato entre dos fuerzas: la vida y el derrumbe.

Él me dice:

—Hay una posibilidad para nosotros.

—¿Cuál?

—Amor libre.

¡Dios mío!

¿De dónde me sostengo?

Ayer mis alumnas, entre apenadas y curiosas, me preguntaron si las mujeres de mi edad nos enamoramos, si había pasión y que cómo era.

Querían conocerme, entender a la mujer que les da la clase. Sobre todo, deseaban saber qué opciones hay en su futuro, qué pueden esperar más adelante.

Hace rato fui a comprar una revista. Saqué el monedero, y al abrirlo se desparramaron algunas monedas. A manera de chiste le dije al vendedor:

—Mire, qué rica soy.

Y él me contestó:

—Sí, está usted muy rica.

Amo a mis alumnos. Cuando camino por el campus, como hoy, y me encuentro con alguno, me da gusto.

Todas sus preguntas me conducen a algo: a mi infancia, a mi adolescencia, a lo que se ve actualmente. Mis respuestas se tiñen de sabiduría en el intento de cobijar sus zozobras y, al mismo tiempo, su energía hace que mi sangre corra libremente.

Estoy cambiando, dándome cuenta de muchas cosas. He tenido tanto miedo que, para no relacionarme con la gente, me encuentro con personas que no me corresponden.

Sin embargo, como entrenamiento, les respondo, no me dejo, los evito, les digo lo que pienso, les doy argumentos reales, los hago que se enfrenten a sí mismos.

Pero eso me agota, ya no quiero más retos en mi vida, aunque los tengo a fuerza. Los recibo y los asumo, y así, poco a poco, con la ayuda de Dios, retomo mi alma, mi cuerpo, y puedo continuar mi vida.

Estoy loca oyendo a Jorge decirme:

“Voy a escribir mi nombre en tus manos
para que no me olvides”.

Mi hija me visita y platicamos, la observo, es muy bonita. Tiene el aire de las mujeres de los veinte, se parece a Nahui Ollin; se lo digo y ella sonrío entre halagada e incrédula.

Me quedo pensando, me abstraigo; ella me jala el brazo y me cuenta sus opiniones sobre el mundo, el sida, la droga, los hombres. Segura, cimentada en mi cariño. Yo la escucho amorosamente mientras me abrazo a mí misma, a mi propia feminidad y a la de ella.

Anoche, entrecerrados los ojos, tuve una visión: la Virgen de Guadalupe, agachada, dejaba marchar a un niño. Éste se alejaba de ella muy contento.

Abrí mis ojos y le pregunté a la Virgen: “¿Quién es ese niño? ¿A quién debo dejar partir, Señora?”

Supe, entonces, que estaba sola, que mi marido se había ido; que tenía que abrir la puerta para dejar entrar las experiencias, para dejar entrar a un compañero. Que no tenía que cuidar a nadie con mi angustia, que podía tener dinero también; que mi feminidad y el amor de Dios me protegían.

Ahora que se fue Jorge, enojado como siempre, sentí el rigor de la soledad, sentí el abandono de mi padre nuevamente.

Yo no lo persigo. Recuerdo muy bien cuando mi mamá buscaba a mi papá, aduciendo tantas cosas, entre otras mi propia enfermedad; yo me desmayaba por todos lados, creyendo que era culpa mía que él se hubiera ido.

He estado pensando mucho, llorando en todos los rincones; la muñeca fea, llena de celulitis y de arrugas, así me veo. Todo por no acostarme con él, me reprocho. Entonces reflexiono y me digo, evocando la figura de mi padre: "No quiero jugar al amor libre con nadie, ni deseo ser tratada sin respeto ni cariño".

Cuando yo pasaba por alto sus órdenes, mi mamá me decía: "Eres una niña muy mala y muy malvada".

He pasado mucho tiempo pensando que cada vez que no obedezco algún mandato, el diablo me está aconsejando.

Ayer soñé que mi padre y yo estábamos acostados y que él me acariciaba la espalda. Entonces, con gran esfuerzo, me bajaba de su cama y, milagrosamente despierta, le decía: "Las hijas no son amantes de los padres".

Estuve leyendo todo el día el evangelio apócrifo de María Magdalena. En éste se dice que Jesús platicaba con ella, le contaba cosas que los apóstoles varones jamás oyeron de sus labios. Era su amiga, su discípula amada.

Le enseñaba el poder de la verdad, de la belleza, lo tonto del disfraz que todos llevamos. La guiaba en la fluidez, en el perdón. Le dio dignidad, le enseñó la plenitud de ser mujer. La honró, le dio su lugar, no permitió que los demás apóstoles la denigraran, hizo de

ella otro apóstol. La afirmó dotándola de gracia.

Otro sueño: llega Jorge, lo abrazo sin pensar en abandonos; al hacerlo, su torso se cubre con una camisa de satín blanco y él se llena de hermosura y arrogancia.

Quitándome a mi papá de encima, la opresión es menor. Mi corazón se expande levemente y mi sangre se mueve. Puedo respirar, vivir. Laura, dentro de mí, suelta sus cabellos rojos y se ve bonita. Comienza a darse espacio, a ver. Y algo en mi cuerpo brilla, al mismo tiempo que las flores en el jardín se llenan de destellos.

Ayer hubo una reunión en casa de mi madre. Me recliné en un sofá. Mi mamá se sentó junto a mí; comenzó a platicarme sus problemas. Entonces le dije: "Mamá, tengo años muriendo de dolores, no necesito padecer tus penas. Quiero una mamá, pero si no es posible, deja de torturarme con tus lloros".

También le dije a Jorge:

"Si no me tomas completa,
yo te olvido".

La danza con mi cuerpo y la cercanía con los otros son el reflejo de

mi alma. Representan el cambio, la transformación de mi vida, la profundidad que he creado en ella; el espacio que emerge de mi hondura.

¿A dónde conduce el anhelo si no al contacto?